

## LA GUERRA DE ARAUCO EN EL CONTEXTO FRONTERIZO DE HISPANOAMERICA (siglos XVI y XVII)

Horacio Zapater  
Pontificia Universidad  
Católica de Chile-Stgo.

Las relaciones fronterizas de Hispanoamérica en específicas zonas de encuentro -ya sea entre otras- el *límen* del Bío-Bío, centro norte de Méjico, contrafuertes orientales de los Andes bolivianos, valle calchaquí salteño, evidencian o exteriorizan rasgos culturales que han servido de base para que historiadores y antropólogos se pronuncien sobre un modo de comportamiento fronterizo.

George Foster señala: "Es una cultura uniforme simplificada y en cierto sentido artificial, sacada selectivamente de la totalidad de la cultura madre y que sirve como vehículo de difusión para llevar al nuevo medio parte de las antiguas formas de vida; pero no todas. Esta cultura que yo llamo de la Conquista, pertenece a la fase niveladora o de simplificación del desarrollo de la cultura, en cuanto que la diversidad de donde procede es reemplazada por homogeneidad en extensas zonas" (Foster, 1954; VIII: 170).

Alfredo Jiménez Núñez, al recoger la opinión de algunos antropólogos destaca al referirse a los indios tobosos y apaches de América del Norte: "... la cultura de estos indios nómades se modificó como consecuencia del contacto y tomó algunos elementos de la cultura dominante. Baste citar entre estos últimos el caballo, las armas de fuego y el ganado. Hubo pues aculturación, pero de tipo particular que puede definirse en líneas generales como un proceso de adaptación a unas circunstancias nuevas mediante la especialización y el perfeccionamiento de ciertos patrones y técnicas culturales propias. Esa forma de reacción al contacto, puede calificarse como "aculturación antagónica" (Devereux y Loeb, 1943), porque supuso la adaptación de elementos

de la cultura extraña, pero no de sus objetivos o valores; más aún, tales elementos se aceptaban, caballo, armas de fuego, etc., como medios para oponer una resistencia más efectiva a la influencia extraña" (Jiménez Núñez. 1967, XVIII: 83).

El mismo autor define en estos términos una cultura de frontera: "El contacto cultural no siempre o en todos los aspectos supone una adquisición o enriquecimiento por uno o ambos grupos. Hay que tener en cuenta también el fenómeno de la deculturación o pérdida de la cultura propia sin la correspondiente sustitución. Este fenómeno no fue tan importante entre los indios de la Nueva Vizcaya en comparación con las del México central, pero afectó incluso a la sociedad dominante a través de lo que hemos llamado la cultura de frontera. Asimismo hay que tener en cuenta la aculturación experimentada por los miembros de la sociedad dominante" (Jiménez Núñez, 1967, XVIII: 48).

Estos autores proporcionan los instrumentos conceptuales para analizar relaciones fronterizas en diferentes regiones de América a través de un método comparativo. Surgen semejanzas o diferencias notorias del cotejo.

Pero se perciben algunos rasgos en estos pueblos nómades o seminómades, o aún sedentarios agrícolas (sería el caso de calchaquies y atacameños), que son comunes. Estaría ese elemento de unión en lo que se ha denominado aculturación antagónica y cultura de frontera.

Del análisis de la documentación surgen algunas modalidades del comportamiento hispano-mapuche en la Guerra de Arauco en los siglos XVI y XVII.

En la relación del capitán Alonso González de Nájera se describe en forma muy exacta lo que los antropólogos denominan aculturación antagónica.

Señala el cronista español: "... con nuestras campearas se han hecho soldados para saber defenderse y ofendernos;

con nuestra comunicación les habemos dado consejo para saberse gobernar; con nuestros caballos, caballería para superar la nuestra; y finalmente con nuestras armas les habemos dado ánimo y confianza para perseverar en el propósito que tienen de acabar-nos de echar de todo punto de su tierra" (González de Nájera, 1889, XVI: 169).

El citado militar destaca también que los modos de vida de los soldados que defendían la frontera en presidios o fortalezas eran más precarios que los de los aborígenes. El acercamiento impuesto por el habitat en ambas sociedades resulta evidente.

Gráficamente señala el capitán español: "Obligados de estas consideraciones vense descalzos como los indios, tan desnudos o mal arropados como los indios, que trabajan más que los indios, y que comen y beben y duermen mucho menos que los indios; y cómo la desnudez, trabajos y hambres, hacen hacer muchas cuentas, en dando en ésta de irse a los enemigos, se van a ellos, conociendo que ha de ser entre ellos su suerte mejorada".

En el primer decenio del siglo XVII, y como resultado de la destrucción de las siete ciudades sureñas, se crea para el *Límen* del Biobío, un ejército estatal y permanente, financiado por el real situado.

El elemento humano que lo componía era heterogéneo. De España llegaron en el siglo XVII 2.500 soldados (Vargas, 1981: 103). Desde Perú y Ecuador pasaron a Chile, en la misma centuria, alrededor de 10.250 hombres (Vargas, 1981: 146). Las levás en Chile no resultan significativas por la escasa densidad de población. Sólo, en el siglo XVIII, se chiléniza el ejército que defendía la línea del Biobío.

Desde un punto de vista étnico la gente que guardaba la frontera se componía de hispanocriollos, mestizos, mulatos e indios amigos.

Bajo el marco de la estratigrafía social su proceden-

cia era marginal y delictual.

Sobre ese ejército de frontera y su nivel de moral militar emiten severas opiniones capitanes y gobernadores. Puntos de vista muy alejados de los criterios de algunos historiadores contemporáneos.

Baste citar uno de esos juicios despreciativos.

El licenciado Hernando Machado, oidor de la Real Audiencia de Santiago, en carta al monarca, en 1621, expresa: "... y mande V.Magestad considerar como se osan juntar mil y quinientos hombres españoles, mestizos y mulatos, muchos condenados por delitos que es como amontonarse el estiercol y basura que se barre en todo el Perú y Nueva España, desnudos, descalzos, hambrientos y con mil penalidades, y que aunque es verdad hay en esta guerra muchos caballeros capitanes y soldados muy nobles, fieles y grandes servidores de vuestra Magestad, pero como lo más es malo, si se alborotasen mal podrían éstos reprimirlo" (Machado, 1621, Manuscritos Medina, 122: 113).

Las relaciones humanas entre grupos tan disímiles que convivían en tercios, presidios o fuertes, originaban un ambiente de violencia.

Se conceptuaba afrentoso, como se señala en un proceso, para un soldado u oficial español ser tratado de indio, mestizo o mulato, y se exigía a mano armada que le diesen satisfacción de su honra (Vargas, 1981: 446).

Por Real Cédula de 1608 se legaliza la esclavitud del indígena prisionero de guerra, pero de "factum" se practicó en alta escala a partir de la gran rebelión de 1599.

Coincide la sujeción del indio rebelde con la guerra a "fuego y sangre" practicada en el primer decenio del siglo XVII por los gobernadores españoles. Se interrumpe esa orientación en 1612 por iniciativa del padre Luis de Valdivia, pero se reanuda la guerra ofensiva y la esclavitud del indio en 1627

para prolongarse hasta 1683.

En ese lapso la guerra adquiere rasgos muy crueles.

Un gobernador, Alonso García Ramón, en carta al Rey, señala: "... se les hacía la guerra a fuego y a sangre en consideración de lo cual yo pronuncié auto mandando a todos los ministros de guerra pasasen a cuchillo todo en cuanto en ella se tomase sin reservarse lugar ni criatura lo cual se pasó en ejecución generalmente y se pasaron a cuchillo 400 y más almas" (García Ramón, 1607, Manuscritos Medina, 113: 200-201).

En otra epístola al monarca (1608) el mandatario se jacta: "... con lo cual y el grandísimo daño que por todas partes les hemos hecho en las comidas los tenemos tan apretados que se comen unos a otros" (García Ramón, 1607, Manuscritos Medina, 113: 257).

La Guerra de Arauco alteró los modos de vida del español y del indígena a uno y a otro lado de la línea del Bío-Bío.

La esclavitud del indio significó, entre otros males, desarraigarlo de su tierra, de su heredad.

El maestro de campo, Jerónimo de Quiroga, proporciona información sobre desnaturalización de mapuches y traslado al centro minero de Andacollo en tiempos del gobernador Rodrigo de Quiroga (Quiroga, 1979: 206).

El capitán Alonso González de Nájera informa que hasta Lima llegaban los esclavos vendidos (González de Nájera, XVI: 247-248).

Los indios de guerra y los indígenas amigos o aliados de los españoles pertenecían al mismo grupo étnico. Movidos por las circunstancias se pasaban del uno al otro bando. Tal fue el caso de Lientur, famoso *lonco* mapuche. Disgustado con los españoles porque le arrebataron una de sus mujeres se rebeló y fue uno de los más temibles caudillos del alzamiento indígena.

El padre Diego Rosales señala que pocos días antes de la batalla de Albarrada el gobernador Francisco Lazo de la Vega se informó confidencialmente, "ya con dádivas y ya con el vino", de los tratos que los indios amigos encabezados por el famoso cacique Catumalo tenían con el enemigo.

Sin embargo, la alianza era condicional.

Si en el combate, los españoles resultaban vencidos, sus aliados indígenas se pasarían al enemigo para evitar represalias en sus personas y en sus familias. Si por el contrario las armas españolas quedaban triunfantes mantendrían la lealtad al gobernador (Rosales, 1877, III: 78-79).

En esa oportunidad el peligro de desertión masiva fue soslayado pero en el levantamiento de 1655 la plaza de Arauco se plegó al alzamiento bajo el temor de ser "maloqueados" si resistían (Quiroga, 1979: 402).

Las costumbres del indígena de uno y otro bando eran similares. Practicaban la poligamia y sacrificaban a los prisioneros de guerra con un ritual mágico.

La sociedad mapuche ejercía una fuerte presión para asimilar culturalmente las personas que voluntaria o forzosamente tenían que convivir con el indígena.

El padre dominico, Fray Juan Falcon, quien cayó prisionero con la destrucción de Valdivia señala que a los cristianos les tenían prohibido comunicarse entre sí, hablar la lengua castellana y rezar. Nada que le hiciese recordar al indígena su origen huinca (Fray Juan Falcon, 1614, Manuscritos Medina, 11:200-201). El cacique mestizo Chicaguala destaca que la mayor afrenta que recibía el hijo de mujer hispana era calificarlo de español, sinónimo de perro (Rosales, 1877, III: 31).

Otras fuentes informan que los cautivos y desertores tenían que vestirse a la usanza indígena y depilarse.

Jerónimo de Quiroga señala que el español que convivía con el mapuche más de diez años cambiaba su mentalidad y asimilaba "la vida suelta y viciosa" del aborigen. Los niños españoles capturados con la destrucción de las ciudades sureñas se casaban con mujeres indígenas y perdían el recuerdo de su origen (Quiroga, 1979: 287).

El indígena adquirió de la cultura española aquellos elementos que le servían para defenderse. Al hacerse jinete adoptó la silla de montar española. Consistía en dos piezas de madera o fuste, recubierta con una almohadilla de paja. Los desertores, generalmente mestizos, huidos del campamento español, usaban los arcabuces adquiridos en las destruidas ciudades sureñas. Para su alimentación, en campaña le bastaba al indígena con portar en una talega algo de trigo tostado y molido (el indio comenzó a cultivar el trigo y la cebada al finalizar el siglo XVI y primeros decenios del XVII). Utilizaban cueros de animales domésticos de origen peninsular (vacunos, caballares) para proteger su cuerpo del acero español (Mogollón, 1624, Manuscritos Medina, 126: 98-99: 106-107).

El araucano rechazó la dominación española porque implicaba servicio personal. Al entrar en la ciudad de Valdivia la primera medida de éste fue arrojar al río todo el oro recogido por los colonos en las minas, logrado a base del trabajo servil indígena (Rosales, 1983, 16: 379-380).

Por parte del bando español, el soldado fronterizo con licencias invernales de los mandos superiores del ejército, maestros de campo y sargentos mayores, constituyó una verdadera plaga para el indio encomendado de la zona central. El fiscal de la Real Audiencia de Santiago, don Pedro Machado de Chávez, señala que al pasar esos soldados por los pueblos de indios forzaban a las mujeres y mataban a sus padres o maridos si intentaban impedirlo. Raptaban a mujeres y niños y los vendían como esclavos (Machado de Chávez, 1633, Manuscritos Medina 132: 86-87).

La religión católica fue vista por el indígena como

instrumento de dominación española. Por esa razón fue violentamente rechazada. El proceso de evangelización entre los araucanos de los siglos XVI y XVII fue débil, oportunista, y sin alcanzar a interiorizar en el catecúmeno, su significado espiritual.

El maestro de campo, Jerónimo de Quiroga, señala que no cabe acusarlos de apóstatas y sacrílegos por las deficiencias de su catequización. Opina: "es cierto que cuando ponderamos la iniquidad de estos indios contando la irreverencia que han tenido en los alzamientos generales, donde han quemado los templos y las sagradas imágenes, bebido en los cálices y hecho escarnio de las vestiduras sacerdotales, no debemos cargar mucho en esto la consideración, porque tenemos mayor culpa que ellos, aunque los que lo ejecuten sean bautizados y tengan nombre de cristianos, porque como no les hemos enseñado lo que todas estas cosas contienen y representan, ni la reverencia y el culto que les deben dar, así cogen el cáliz como vaso de plata a propósito para beber y la casulla como tela, engalanándose con ella en sus borracheras, sin odio de la fe, porque no la tienen, ni conocimiento de cosa de religión..." (Quiroga, 1979: 282).

Destaca también cómo el encomendero burlaba, a costa del indígena, la obligación que se le imponía al recibir su encomienda, de propagar el cristianismo. Eludían su deber al hacerlos rezar en horas de descanso de modo de no interrumpir las faenas (Quiroga, 1979: 192).

Los intentos de pacificación del padre Luis de Valdivia (1612-1626) resultaron prematuros e incomprensidos por uno y otro bando. El odio, el temor y los intereses creados impidieron la comunicación de ambas sociedades. Se buscó nuevamente un entendimiento con las dos paces de Quillín (1641-1647) en los tiempos de los gobernadores españoles Marqués de Baides y don Martín de Muxica.

Pese a esas tentativas de pacificación el período



culmina con el alzamiento de 1655 de devastadoras consecuencias para el sur del país. Pero esas primeras asambleas donde se congregaban españoles e indígenas para tratar la paz constituyen antecedentes para la centuria del XVIII, el siglo de los parlamentos.

La guerra a "fuego y sangre" y la esclavitud del aborígen pasó a ser cosa del pasado. Se podría sugerir a través de lo expuesto que la Guerra de Arauco en su etapa colonial alcanzó su climax en el período 1550-1683 para amortiguarse en el siglo XVIII donde tuvo mayor énfasis el intercambio ideológico y comercial que los encuentros bélicos.

En la primera mitad del siglo XVI los españoles conquistan el área mesoamericana. Es decir, la costa y el valle de México, Michoacán, la región montañosa de Oaxaca, Guatemala y Honduras. Lo que se ha denominado civilización azteca-maya.

En el período precolombino ya existía la frontera al norte de Mesoamérica. La cultura urbana de aborígenes vestidos limitaba al septentrión con los indios desnudos, recolectores y cazadores.

El grupo étnico chichimeca estaba ubicado entre la Sierra Madre Occidental y la Sierra Madre Oriental. Constituía un arco entre montañas, una zona despoblada, cubierta de tunas, fruto apetecido por el aborígen. El habitat era de difícil acceso para la gente del sur y los resguardos montañosos facilitaban la defensa del territorio por los indios nómades.

Los grupos más importantes chichimecas correspondían a los guachichiles, zapatecos y tepeques. Sus rasgos culturales eran similares, pero no reconocían una autoridad o jefe supremo entre ellos porque su organización era tribal y entre las diferentes agrupaciones mantenían hostilidades por su extrema belicoidad.

En 1548, se descubrieron minas de plata en el despojado nortino y se fundó la ciudad de Zacatecas.

Dos caminos unían ese centro de población con Guadalajara y México. Caravanas de colonos de diferente origen étnico se desplazaban hacia el norte. Portaban elementos para la minería, ganadería, cultivo de la tierra y las vituallas necesarias para vivir en el despoblado.

El nómade, desde sus atalayas, bajaba al llano y saqueaba los cargamentos de recuas, carretas y carros.

Entre 1550 y 1590 la guerra fue a "fuego y sangre". El prisionero de guerra era reducido a la esclavitud. Presidios defendían los centros poblados. La guerra chichimeca adquirió por estos aspectos rasgos similares a la guerra de Arauco.

Pese a estas semejanzas las diferencias resultan notorias.

La Corona no creó para la región un ejército estatal y permanente como en la línea del Biobío. El soldado se alistaba anualmente para una expedición y se reclutaba frecuentemente entre colonos y ganaderos de la frontera (Wayne Powell, 1980: 344). Escoltaba a las caravanas y emprendía campañas contra el aborígen desde los fuertes.

La paz chichimeca se alcanzó entre los años 1590-1597. Se logró un cambio de mentalidad. Se procuró una política persuasiva para evitar saqueos y muertes en estancias y centros mineros. El estado concedía gratuitamente alimentos y vestidos hasta que el indígena adquiriese prácticas agrícolas transmitidas por veteranos de la guerra fronteriza. Además, y ello fue fundamental, se fundaron en su territorio, colonias de gente procedentes del sur. Cuatrocientas familias tlaxcatelcas se instalaron en las tierras de los guachichiles y tepeques. Su ejemplo, como pueblo agricultor del área mesoamericana unida al mestizaje originó una variación de conducta en los belicosos indios nómades. Pacificada la zona se abrió para el español de los siglos XVII y XVIII una nueva frontera: la gobernación de Nueva Vizcaya, donde el colono se enfrenta con los nómades cazadores de bisontes.

En el área andina, entre los años 1530 y 1534 los españoles conquistan Perú. En 1536, el alzamiento de Manco II puso en peligro el dominio castellano sobre el país andino. Entre 1537 y 1572 los últimos incas se refugiaron en Vilcabamba, en el Antisuyu, vecinos con los pueblos amazónicos.

Se podría conceptuar esa zona como marginal o fronteriza respecto al área nuclear.

El movimiento mesiánico de Taki Ongoy (1560-1570), antiespañol y anticristiano partió de Vilcabamba. Repercutió ese movimiento, no sólo en la zona nuclear del área andina central sino también entre los chiriguanoes de origen guaraní y entre los calchaquíes de Salta.

En un informe de dos oidores de la Audiencia de Charcas se señala: "... y a esta sazón se sonó que el Inca estaba confederado con calchaquí y con los chiriguanoes y que andaba persuadiendo a los caciques de todo el reino para que se alzasen" (Garay, 1899: I: 449).

El movimiento que irradió desde Vilcabamba tuvo repercusión armada en zonas marginales del Imperio.

El indígena que poblaba el valle calchaquí y los contrafuertes orientales de los Andes bolivianos se manifestó repentinamente hostil al español. Nada permitía prever su cambio de actitud.

En 1562, los calchaquíes destruían, en la gobernación de Tucumán, tres ciudades: Londres, Córdoba de Calchaquí y Cañete, fundadas respectivamente por Juan Pérez de Zurita en 1558, 1559 y 1560.

En un documento se señala que, después de cuatro meses de asedio, sus habitantes "determinaron de salirse huyendo, llevando consigo sus hijos y mujeres, y siguiéronles los indios, y mataron quince españoles de treinta y uno que eran, y tres mujeres españolas y muchos indios criados suyos" (Levillier, 1945: 47).

Por su parte, los chiriguanos, pueblo de origen guaraní y fronterizo al Imperio, destruían los asentamientos españoles de Condorillo y las Barrancas en 1564, aparentemente influenciados por los calchaquíes (Garay, 1899, I: 447).

El alzamiento tuvo carácter fuertemente anticristiano.

En una carta a S.M. de los oidores de la Audiencia de Charcas, en 1564, se señala: "... se confederó don Juan Calchaquí, cacique de los diaguitas, con otras provincias comarcanas repartimientos de esta ciudad, que son los omagualas, casavindos y apatamas y otros y los persuadió que se alzasen y matasen a sus amos y así los quisieron poner en efecto si no fueran sentidos retiraron los que allí estaban, y luego vino mucha gente sobre Suipacha adonde estaban algunos españoles y los padres que les doctrinaban y les hicieron huir, hiriendo a uno de ellos y quemando las iglesias y las cruces y lavaban con el agua bendita sus cuerpos haciendo burla diciéndoles que les viniesen a decir el Ave María, y otros desacatos que no son de decir..." (Levillier, 1922, I: 135-136).

En varios escritos de los jueces de la Audiencia de Charcas se destaca el paralelismo de la Guerra de Arauco con las hostilidades fronterizas de chiriguanos y calchaquíes.

El licenciado Matienzo, en carta al monarca, con fecha 4 de enero de 1579, señala las incursiones a pueblos de españoles de esas etnias y las compara con las que se libraban en Chile.

Señala respecto a los indígenas de lengua guaraní: "... los unos son indios Chiriguanaes que habitan en la cordillera y han muerto a traición dos muy buenos capitanes que eran Nuflo de Chaves y Andrés Manso que tenían en gobernación la tierra de los llanos que confina con los mismos chiriguanaes y a más de doscientos españoles con ellos y robándoles muchas armas y todas sus haciendas... no cesan de hacer daños en esta provincia y con la avilantez que cobraron han vuelto a dar

ahora sobre Iarija y mataron a un español que era allí alcalde y a veinte indios y llevaron otros indios cautivos..." (Levillier, 1922, I: 482).

Con relación a los calchaquies destaca: "... los otros indios son diaguitas que han hecho no menos daños que los chiriguanaes y muerto tanta gente y robado tanta hacienda como ellos. Estos habitan entre esta provincia (Charcas) y de la Tucumán y han despoblado y desbaratado cuatro veces los pueblos que allí se han hecho y fundado por los españoles y muerto los más de ellos..." (Levillier, 1922, I: 483).

Coteja la frontera chiriguana y diaguita con la mapuche al señalar: "... si les dejamos tanto tiempo sin castigo será darles avilantez para que hagan otro tanto como los del estado de Arauco del reino de Chile y que sea necesario tener gente de guerra como los hay de ordinario en Chile en que se gaste más de lo que renta esta tierra como se hace y gasta en Chile" (Levillier, 1922, I: 482).

#### BIBLIOGRAFIA.

- *Advertencia sobre la guerra de Chile del licenciado Hernando Machado, oidor de aquel Reino de su Magestad el Rey,* Mss. Medina, Biblioteca Nacional, Santiago.
- *Carta a Su Magestad de don Alonso García Ramón del 12 de abril de 1607.* Mss. Medina, Biblioteca Nacional, Santiago.
- *Carta del gobernador Alonso García Ramón a S.M.,* Fuerte de Levo, 9 de agosto de 1608, Mss. Medina, Biblioteca Nacional, Santiago.
- *Carta del capitán don Francisco Mogollón y Ovando a Su Magestad,* Lima 1 de mayo de 1624. Mss. Medina, Biblioteca Nacional, Santiago.

- *Declaración que hizo el padre Fray Juan Falcon*, 8 de abril de 1614, Mss. Medina, Biblioteca Nacional, Santiago.
- FOSTER, GEORGE M., *Aspectos antropológicos de la conquista española de América*. Estudios Americanos, Sevilla.
- GARAY, BLAS. *Colección de documentos relativos a la Historia de América y particularmente a la Historia del Paraguay*, Asunción.
- GONZALEZ DE NAJERA, ALONSO. *Desengaño y reparo de la Guerra de Chile*, Santiago.
- JIMENEZ NUÑEZ, ALFREDO, *Etnohistoria de la Nueva Vizcaya*, Anales de la Universidad Hispalense, Facultad de Filosofía y Letras, Sevilla.
- LEVILLIER, ROBERTO, *Guerras y conquistas en Tucumán y Cuyo*, Buenos Aires.
- LEVILLIER, ROBERTO, *Audiencia de Charcas. Correspondencia de presidentes y oidores, documentos del Archivo de Indias*, Madrid.
- QUIROGA, JERONIMO DE, *Memorias de los sucesos de la Guerra de Chile*, Compilador Sergio Fernández Larraín, Editorial Andrés Bello, Santiago.
- ROSALES, DIEGO. *Historia General del Reino de Chile*, Valparaíso.
- ROSALES, DIEGO. *Historia General del Reino de Chile*, libro 5 cap. XIII (capítulo omitido por Vicuña Mackenna), en *Historia*, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago.

- VARGAS CARIOLA, JUAN EDUARDO. *El ejército de Chile en el siglo XVII*, tesis para optar el Diploma de Doctor en la Universidad de Sevilla, Sevilla.
- WAYNE POWELL, PHILIP. *Capitan mestizo Miguel Caldera y la frontera norteña. La pacificación de los chichimecas, (1548-1597)* Fondo de Cultura Económica, México.

**ABSTRACT**

The postulation in this essay is to that of a comparative study of the hispanic-indian frontier in Latin America. 4 basic zones are analyzed: the Araucanian, the north-center part of Mexico, the east bolivian area and the calchaqui valley in Salta. In each of these regions of frontier war brokeout against mapuches, chichimecas, chiriguano and Argentine diaguitas, respectively.

The ethnohistorical method is applied in order to register the socio-cultural incident of these armed clashes.

**RESUMEN**

Se postula en esta comunicación efectuar un estudio comparativo de la frontera hispano-indígena en América Latina. Se analizan cuatro zonas: Araucanía, centro-norte de México, oriente boliviano y valle calchaquí, en Salta. En esas regiones se libró una guerra fronteriza con mapuches, chichimecas, chiriguano y diaguitas argentinos, respectivamente.

Se aplica el método etnohistórico para registrar la incidencia socio-cultural de esos encuentros bélicos.